

Frete libertario

Madrid, 22 diciembre, de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 66C

Las etapas de la lucha antifascista

Cada una tiene su problema principal, y el de la presente es el abastecimiento

Si toda guerra tiene etapas previsibles, la nuestra tiene fases y problemas propios. La primera fase es la insurrección, que nos obligó a improvisar unas Milicias que, teniendo carácter militar por la necesidad de luchar contra un Ejército sublevado, llevaban, por otro lado, un ardor revolucionario. Las Milicias, conjunción de trabajadores antifascistas que ponían en pie su conciencia revolucionaria, salvaron los primeros meses de la guerra. Triunfaron en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Aragón, en Andalucía... Derrotaron al Ejército sublevado en las batallas decisivas, por ser las primeras y sorprender a un pueblo que veía desmantelado el Estado republicano. En esa primera fase, el pueblo organiza su propia defensa. Y como su defensa no está solamente en los frentes, sino que se encuentra también en organizar la economía, en ponerla en función de guerra, los trabajadores, los Sindicatos acuden a improvisar, del mismo modo que las Milicias, las legiones de productores que inundan con su entusiasmo las tierras y las fábricas para hacerlas producir y soportar los sacrificios de una guerra que podía ser larga.

Viene después otra fase, la de la invasión. El Ejército fascioso no ha podido derrotar a las Milicias revolucionarias y tiene que recurrir a la ayuda de las Potencias fascistas, bríos de par en par las puertas de España. Ya no luchábamos únicamente contra rebeldes y facciosos; tenemos que combatir y vencer a Ejércitos pertrechados, equipados y con técnicos que dedicaron toda su vida al salvajismo de guerrear. Nuestras Milicias no podían tener, por su improvisación y su carácter singular, condiciones para luchar contra un enemigo tan preparado. Teníamos que formar un Ejército, un verdadero Ejército, capaz de contener con los de la invasión. E improvisando también, porque ni tiempo teníamos para hacer estudios sosegados y cálculos metódicos, forjamos un Ejército que se manifiesta y acredita en la resistencia de Madrid, en las magníficas victorias de Guadalajara, en la sorprendente batalla de Teruel y en la gesta del Ebro. Ya teníamos las bases del formidable Ejército Popular y la seguridad de haber sabido organizar, con la levadura gloriosa de las heroicas Milicias, un formidable brazo armado, una máquina potente que iría logrando poco a poco, sobre la misma marcha de la guerra, perfeccionar sus piezas, engranarlas.

Pero al propio tiempo que organizábamos, en esa segunda fase, el Ejército Popular, no descuidábamos la batalla de la producción. Sabíamos bien que había que abastecer de todo a los combatientes y de lo indispensable a la retaguardia. Y supimos también organizar la producción, superando todas las dificultades ingentes y saltando por encima de todos los errores. Y así llegamos a esta tercera fase o etapa en la

que nos encontramos, a esta etapa definitiva, decisiva, en la que tienen que culminar nuestra capacidad organizadora y nuestra voluntad previsora. Tenemos que demostrar que si fuimos capaces de crear un Ejército, de organizar una economía, de establecer nuevas industrias bélicas, de poner en marcha, con ritmo de guerra, todos los elementos de producción, también nos sentimos con inteligencia y tesón bastante para asegurar nuestro triunfo rotundo en la fase definitiva.

Esa etapa es la de las subsistencias. Es la etapa que no supo prevenir ni organizar Alemania en la Gran Guerra. Es la etapa en la que se centra la resistencia en la retaguardia. Porque teniendo un Ejército, una organización militar eficiente en los frentes podremos tener avances o retrocesos, pero ya no podrán sorprendernos catástrofes irremediables. En cambio, hace falta que en la retaguardia fiemos del mismo modo que confiamos en el Ejército. Porque la tercera fase de una guerra como la nuestra ya no se gana en los frentes; se gana en la retaguardia. Si ésta hemos sabido organizarla a base de moral, de capacidad, de sacrificio necesario, de privaciones inevitables, será fuerte, potente, y vencerá. Si la hemos ido debilitando con desorden administrativo, con incapacidad manifiesta, con brotes de inmoralidad y privilegio, la habremos preparado para una derrota. Triunfaremos con una retaguardia fuerte, sana, conocedora de su destino y de los sacrificios que alcanzarlo comporta. Seríamos vencidos

con una retaguardia débil, desorganizada, sometida a pedir lo que la previsión la capacidad deben prevenir con tiempo.

En esta decisiva etapa de las subsistencias, tenemos unos objetivos, y se llaman Madrid, Valencia y Barcelona. Hemos de cubrirlos haciendo prodigios de organización, que bien pueden exigirse de un pueblo que supo triunfar sobre problemas más graves. El prodigio tendrá que resolver, primeramente, que haya ropas y víveres para los combatientes y luego, muy al lado de esa necesidad, muy junto a ella, porque retaguardia y frente se confunden en la tercera etapa de la guerra, obtener y distribuir los alimentos que la retaguardia de esas grandes poblaciones, núcleos vitales, centros nerviosos de la guerra, precisas para sostener su moral y acreditar cuantas veces sea necesario su temple. Hay víveres. No queremos decir que sobran, porque sería dislate optimista; pero si podemos asegurar que bastan si todos nos hacemos a la idea de que una guerra exige que prescindamos de lo que en otros tiempos era lujo u holgura, refinamiento y sibaritismo. Hay víveres. Es preciso dar con ellos y con una organización que los transporte en las condiciones más seguras y, sobre todo, los distribuya con sentido moral de victoria.

Con voluntad desmayada no se puede librar la batalla de las subsistencias. Con incapacidad o cansancio, tampoco. Con amor propio que nos encastille en el error, menos. Hay que ganarla con un prodigio de voluntad, de abnegación, de inteligencia. Hay que buscar a los hombres que pueden ganar esa batalla. En sus cerebros y en sus manos, depositemos el triunfo. A su lado, velará el antifascismo, por medio de las autoridades, Organizaciones y Partidos. Madrid, Valencia y Barcelona tienen que ser defendidas por la capacidad previsora y por la voluntad de victoria.

Chamberlain y Bonnet hablan un lenguaje más comprensible

Es curioso. A medida que se acerca el viaje de Chamberlain y Halifax a Roma empiezan a hablar más claro el "premier" inglés y el ministro de Negocios Extranjeros de Francia. Este ha dicho ante una Comisión parlamentaria "que está convencido de que se restablecerá en España muy pronto la paz civil si todos los Estados extranjeros dejasen que los españoles, ellos solos en su suelo, resolviesen su pleito". Para entrar verdaderamente en razón, le ha faltado añadir que después, o antes, tendría que ponerse en pie el Derecho Internacional que permite a un Gobierno legítimo defenderse de una rebelión adquiriendo libremente sus medios de defensa. Pero no es poco —tan acostumbrados nos tienen a perder— que Bonnet considere que este pleito es para que lo resolvamos los propios españoles, sin injerencias de ninguna especie.

Por su parte, Chamberlain, formidablemente acosado por la oposición, que no le deja hacer digestiones tranquilas,

se ha visto también en la necesidad de declarar que "el Gobierno británico no pensará en la concesión de los derechos de beligerancia, sino conforme con el plan de "no intervención". Aunque Chamberlain y su política no permitan columbrar esperanza a un español que se deje guiar por hechos convenientes en que pudo eludir una declaración tan formal.

¿No será que Chamberlain...

... quiere obtener algo de Mussolini que sólo podrá conceder éste con perspectivas halagüeñas en España? ¿No será que le cierra las perspectivas para que Mussolini vaya pensando en compensaciones? No lo podemos remediar. Somos mal pensados. Y nos parece demasiado que aclare desde Londres al "duce" que los derechos de beligerancia están verdes.

Pero no es la declaración que comentamos lo más sustancioso en las respuestas de Chamberlain. Ha dicho que

"en unión de lord Halifax intentará poner toda su influencia para hallar un medio de poner término al conflicto español o lograr un armisticio, siempre sobre una base de imparcialidad". ¿Cómo debemos interpretar ese anuncio o propósito? Hasta ahora, Chamberlain había dicho medias palabras sobre la mediación, o mejor aún, había sondeado más que hablado. Recordemos el viaje de Hemmings a Burgos. Que declare ya, sin eufemismos, que se va a emplear en poner término a nuestro conflicto, ¿no parece demostrar que el propio Mussolini le ha autorizado a que lance ese globo sonda?

De cualquier manera, ya vamos viendo lo que mete en su maleta Chamberlain. ¿En qué habrá envuelto "la imparcialidad" que desea le sirva de base para poner fin a nuestra contienda? Porque eso es muy frágil y puede romperse en su viaje a Roma. Aunque Chamberlain, muy grave, muy "gentleman", diga "que se le insulta al exigirle seguridades de que no traicionará ninguna causa", no hay más remedio que recordar el Pacto de Munich. ¿Es que el pueblo inglés tuvo ni siquiera la preocupación de que los Gobiernos de Londres y París iban a entregar Checoslovaquia a Hitler en Munich? Aquel "affaire" se le ha quedado clavado al pueblo inglés. Se explica que tema nuevos viajes de Chamberlain. Se abstrae éste demasiado, se olvida fácilmente, lejos de Londres, de la dignidad del pueblo británico.

Chamberlain y Bonnet están más expeditivos de lengua que nunca. ¿Son estos los primeros resultados de la Conferencia de París? No tenemos otro remedio que hacer muchas preguntas y plantear hipótesis. Harto lamentamos que nuestro pleito, tan serio y trágico, ande en lenguas y en cambalaches y que no nos dejen resolverlos a solas con nuestra dignidad. Para haber dicho Chamberlain que no quería quemar sus dedos en la guerra de España, mucho le estamos preocupando e incordiando. Es lástima —pensará él— que el pueblo español haya resultado tan arrogante y tesonero. Y que esta guerra, "que no valía la vida de un marmero inglés", haya costado tantas vidas británicas y unas cuantas de observadores extranjeros, que ni siquiera han sido defendidas. Lo cierto es que Chamberlain, que empezó despreciándonos, ya nos teme. Convendría que, para acabar de conocernos y aprovechando una alta invitación que ha recibido, pasara por la España libre antes de emprender su viaje a Roma. Seguramente se llevaría de aquí la virilidad necesaria para tratar con el chalan fascista que le espera con la bolsa de su Hacienda exhausta y la bravuconería del chulo que no ha recibido todavía —con la excepción de Guadalajara— una bofetada en pleno rostro.

Visado por la censura

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.

Galería de heroes del pueblo

JOAQUIN CAÑADA PEÑARROCHA

Bastaría quizá el epígrafe para que todo el pueblo antifascista supiera a qué atenerse con respecto a las aptitudes y carácter de este valiente, cuyos hechos de armas destacamos hoy, muy sucintamente.

No es nuestro propósito, ni nos lo permite el espacio, hacer una documentada biografía de cada uno de los héroes que en los distintos frentes de la libertad, luchan sin descanso, noche y día, sin más miras, ni en pos de mayores prebendas, que conquistar el triunfo del pueblo sobre el fascismo. Y no porque no esté en nuestro propósito hacerlo, mañana, con toda amplitud y con el esmero que su esfuerzo y de su tesón, merecen. Cuando escribamos la historia de nuestra guerra, cuando podamos a la faz del mundo, cantar las gestas brillantes de los esforzados paladines de la Revolución española, entonces, si, dedicaremos cuidadosas y seleccionadas ediciones, con toda nuestra ternura y el reconocimiento de nuestro pueblo, para quienes supieron librarle.

Hoy, solo lanzamos, como granos de fecunda semilla, unos ligeros apuntes sobre la personalidad reciamente proletaria y profundamente antifascista, de Joaquín Cañada, Comisario de Compañía de Brigada Mixta, que desde los primeros días de la revolución, supo situarse en el lugar que corresponde a todo verdadero antifascista.

Militante de la Organización Confederal, desde el año 21, a cuyo rano de Construcción estaba afiliado como albañil. Con las primeras columnas que salieron de Barcelona, y en la de "Los aguiluchos de la F. A. I.", partió enrolado como miliciano, hacia Aragón, actuando seguidamente en la toma del Cementerio de Loporzano en Monte Aragón, en Siétamo, más tarde fue trasladado como Delegado de Grupo, a Huerrios, donde tomó parte activa y se distinguió por su valentía indomable durante todas las operaciones sostenidas hasta enero de 1937.

Por si no fuera suficiente para merecer ser catalogado en nuestra "Galería de Héroes del Pueblo", como uno de los primeros, puso también de manifiesto sus excelentes condiciones para el mando, actuando como teniente-ayudante del conocido mayor, jefe de Milicias, Antonio Cierí, del Batallón Italiano de la Columna Ascaso, durante largo tiempo. Posteriormente, y ya como Comisario de la segunda Compañía del tercer Batallón en la Brigada Mixta, intervino en las operaciones de Huesca y en las de Almudévar, siendo herido en ambas y reincorporándose, apenas restablecido, para operar arrojadamente en la toma de Teruel, en el Barranco del Lobo, en Los Cepos, Corbalán, Puerto Escandón, Valdecebro y Puebla de Valverde, llenándose de gloria en cuantas operaciones intervino la heroica 28 División, en la defensa del frente de Levante.

Al trasladarse esta unidad, para contener al enemigo en las estepas extremeñas, tuvo ocasión, nuestro amigo Cañada, de repetir sus gestas y de patentizar el valor y el heroísmo que le son característicos, en el sector de Almorchón, en el vértice Cabezuelo y en Cabeza de Buey, tras del inigualado y brillante paso del Zújar, donde su Brigada supo hacer honor a la trayectoria gloriosa de la 28 División. Una, entre las primeras, del Ejército del Pueblo.

S. I. P. F. A. I.

CHAMBERLAIN EN LOS COMUNES

Junto con Lord Halifax piensa poner toda su influencia en lograr un armisticio en España

Esta ha sido una de las manifestaciones expresas de Chamberlain en la Cámara de los Comunes. Acosado por la presión de la oposición de liberales y laboristas, que a toda costa quieren asegurarse de que las entrevistas de Roma no serán reproducción de los acuerdos de Munich, Chamberlain se ha visto forzado a afirmar nuevamente que la concesión de la beligerancia a Franco se encuentra subordinada a la realización del plan de no intervención. Pero la actuación de las oposiciones inglesas no ha podido impedir que Chamberlain afirmase que la cuestión española ocupará lugar preferente en las conversaciones anglo-italianas y que todos sus esfuerzos y toda su influencia las empleará en poner término al conflicto o en lograr un armisticio,

siempre sobre una base de imparcialidad. Y esta "base de imparcialidad", que en boca de Chamberlain nadie sabe exactamente qué alcance tiene, es precisamente la que nos preocupa. Porque precisamente a "base de imparcialidad", en nombre de la "imparcialidad", ha sido posible cometer la infamia de la no intervención y el velo de la imparcialidad ha cubierto las brutales e iníquas acciones del fascismo contra Austria y Checoslovaquia.

¿Cómo interpreta Chamberlain la imparcialidad? ¿Cree que la no intervención es su exponente más elevado? Pues en tales condiciones por muy "imparciales" que crea Chamberlain a los acuerdos de Roma, los españoles antifascistas ni podremos aceptar ni estaremos dispuestos a acatar las deci-

siones de Chamberlain y Mussolini.

Por otra parte, el hecho de que Chamberlain se desplace a Roma con objeto de intentar poner fin a la guerra española, es la primera y más palpable prueba de que la pretendida imparcialidad de que alardea no es sino un producto más de la imaginación del "premier" británico. Si en Roma está la solución de la guerra española, es señal evidente de que Italia pesa de una manera decisiva en nuestra lucha, es decir, que interviene. Y esto echa por tierra cuantas afirmaciones de neutralidad pueden hacerse, pues pone claramente de manifiesto que existe invasión, e invasión, tácitamente reconocida y tolerada.

En estas condiciones es imposible que puedan encontrarse soluciones "imparciales". Lo que convenga o parezca aceptable a Mussolini, ni puede convenir, ni puede parecer aceptable al pueblo español antifascista; y dado que la aceptación de éste es imposible sin que sean plenamente satisfechos sus deseos, llegamos a la conclusión lógica de que no es en Roma donde pueden elaborarse las soluciones, sino en la España leal, que no es el pulso de Mussolini el que hay que tomar, sino el pulso del proletariado antifascista de España.

Quien olvide esto, con mayoría o sin ella en la Cámara de los Comunes, con el asentimiento o con la oposición de los dictadores totalitarios, jamás conseguirá soluciones la cuestión española.

Porque la solución está única y exclusivamente en la satisfacción de los anhelos y aspiraciones de nuestros proletarios, de nuestros combatientes, que son los llamados a decir la última palabra en todos los asuntos que les atañen de una manera tan directa e inmediata como la guerra que padecemos.

Existe una disposición del Gobierno de la República que todos los españoles estamos en la obligación ineludible de acatar; nos referimos a aquella según la cual para circular por toda la España leal no es preciso encontrarse en posesión de otra documentación que la normal de todo ciudadano. Es criterio del Gobierno afirmar la más absoluta normalidad en nuestra zona; y a ese criterio obedece el espíritu de la disposición que acabamos de mencionar. Ningún salvoconducto, ninguna autorización especial necesitan los ciudadanos españoles para circular por todo el territorio de la República que no sea zona de guerra. Pues bien: esta disposición ha sido infringida; y lo ha sido precisamente por dos autoridades, las máximas en su provincia, que debe aceptar y cumplimentar todas las disposiciones del Gobierno.

Nos referimos concretamente a los gobernadores civiles de Guadalajara y Murcia, que han creído conveniente disponer la necesidad de un salvoconducto para circular por el territorio de sus provincias respectivas. Esto, ¿por qué razón? ¿Con qué fundamento? ¿En qué disposición se apoyan los gobernadores de Guadalajara y Murcia para dictar la orden que han dictado? ¿Qué conveniencias o qué necesidades que no haya podido percibir el Gobierno han percibido ellos? Y, sobre todo, ¿por qué se han arrogado una autoridad de la que carecen y que se encuentra en abierta pugna con disposiciones expresas del Gobierno de Unión Nacional que todos estamos obligados a defender?

Ministerio de Defensa Nacional PARTE OFICIAL DE GUERRA

EJERCITO DE TIERRA.--Sin novedad importante que consignar en los distintos frentes.

AVIACION.--Prosiguiendo sus agresiones contra las ciudades de la retaguardia republicana, la aviación italo-germana ha bombardeado hoy el casco urbano de Manresa, Vich y Tárrega, causando víctimas entre la población civil, en su mayoría niños y mujeres.



Leemos en un diario de la mañana:

"¡Aquí está el frío! La clásica ola procede de Rusia."

¡Vaya, hombre!... ¡Qué "ricura"!

¿Qué dirá ahora el Comité de "no intervención"?

En Barcelona, Comorera enjuicia el deseo de la C. N. T. sobre un nuevo Gobierno de la Generalidad. — ¡Comorera enjuicia!... Enjuicia como... rera.

"El establecimiento del Comisariado de Cultos produce viva inquietud entre los facciosos."

Hay algún diario que "también" se duele y... ¡protesta! por la falta de papel para la prensa.

Este diario aparenta ignorar la cantidad de papel gastado en sus ediciones pasadas, en perjuicio de los demás diarios.

Y a pesar de todo, también... ¡protesta!

¡Qué "mundo" este!

El camarada San Andrés (don Miguel) ha dado una conferencia por radio, ateniéndose al siguiente sugestivo título:

"Los republicanos en la guerra y después de la guerra."

Echamos de menos en el título lo de "los republicanos antes de la guerra".

Porque antes de la guerra, había republicanos.